

CUENTO N° 116

TITULO: LA TEJEDORA DEL CITÉ

SEUDÓNIMO: BANDURRIA

AUTORA: ELIZABETH DEL CARMEN MANOSALVA VEGA

LA TEJEDORA DEL CITÉ

Cada tarde doña Mariana se sentaba en su acostumbrado sillón de cuero negro. Sobre una pequeña mesa de madera, instalaba su canasta de ovillos de lana de variados colores, una taza, que llenaba cada cierto tiempo de té y sus acostumbradas galletas sin sal que compraba en el almacén que estaba en la esquina.

Su vivienda estaba pareada con unas hermanas solteras, a su otro lado vivían dos adultos mayores, al frente estaba la señora Rosalía, modista con sus cinco hijos pequeños y al lado habitaba la señora Lupe y su marido.

Todo hacía ver que la vida en este pasillo de viviendas, la vida era tan normal, como en cualquier lugar del mundo. Habían sido construído por los años 1900, y que cada familia la había acomodado según sus necesidades.

Doña Mariana ya cargaba algunos años de vejez; sus rodillas le producían algo de dificultad al caminar, por la artrosis se apoyaba de un bastón de madera que había conseguido con unos familiares. Sin embargo, se notaba bastante autovalente en sus quehaceres. Era tejedora desde joven. Había trabajado toda su vida en una fábrica de ropas y al jubilar se dedicó a tejer para su familia y después para toda persona que le mandaba a hacer; por sus interesantes diseños de puntos, tipos de lanas y armonía de colores con que construía una prenda de vestir.

Bandurria

Hacían unos diez años que la señora Mariana había quedado viuda y sus dos hijos, José y Lucinda, ya mayores, vivían en un pueblo pequeño del sur, cerca de Puerto Montt. Desde un principio de su viudez, decidió vivir sola acompañada de su gato Bartolo, que al parecer siempre se mantenía ronroneando cerca de sus faldas.

Por un largo tiempo quedó algo desorientada, después de jubilar y sin su marido, compañero de toda la vida, intentó hacer pan amasado para vender a la vecindad, pero tuvo problemas con la compra de tanta harina para amasar, intentó vender productos de cremas naturales que le traían del sur, a base de hierbas medicinales, pero los largos viajes no le hicieron bien. En fin, había que pensar en algo para subsistir.

Una tarde, en que pasó por la casa de la señora Rosalía y de verla con tantos hijos chicos, pensó que podría tejer chalecos de niño y venderle a bajo precio, que también serviría para ayudar a la pobre mujer con tanto crío.

Doña Mariana siempre fue solidaria con el prójimo, así decía el sacerdote en los sermones dominicales, que ella seguía al pie de la letra y también lo que le había enseñado su abuela, que fue con quien creció desde recién nacida.

Cuando joven quiso conocer la verdad de su origen y su abuela materna le contó con pelos y señales todo cómo había sido, “que su madre murió al nacer y su padre se fue a otro pueblo, donde unos años más tarde, también le dijeron que había fallecido en un accidente”

Bandurria

La vida de Mariana fue con mucho afecto de su abuela, quien le dio educación necesaria para defenderse en la vida. La vio crecer y ya mayor de edad un joven humilde la convirtió en su mujer. Al año de casados, tuvieron a un barón y dos años más tarde una niña. De vez en cuando la abuela, aunque cansada, ayudaba en los quehaceres, en lo que podía. Algún tiempo después la abuela de la señora Mariana, de muchos años, se marchó al silencio eterno.

Al pasar los meses, la situación económica del matrimonio de Mariana y Luis, su marido, los hizo cambiar de vivienda, ya que la abuela era quien aportaba para algunos menesteres. Así encontraron el Cité; se veían personas de esfuerzo, humildes y trabajadoras y que además les causaba seguridad a sus hijos porque se mantenía el portón de salida siempre cerrado. Así los hijos, José y Lucinda, cuando fueron adultos, formaron su propia familia en el sur de Chile.

Con el tiempo el tejido fue haciéndose un hábito hermoso; por los diferentes coloridos de lanas que fue descubriendo y la variedad de puntos que fue aprendiendo poco apoco., ya que siempre lo había hecho con puntos básicos. Al comienzo lo fue haciendo de chalecos viejos que desarmaba y luego los combinaba con otros colores que parecían nuevos.

A medida que vendía las prendas tejidas, compraba más lanas con una sabiduría de tejedora profesional. Nunca cobró más de lo que hubieran cobrado otras tejedoras, sólo lo necesario, entendiendo la situación de cada persona.

Para doña Mariana, ya no eran las tardes, sino, mañanas, noches; invierno y verano, su cómodo sillón le hacía sentir que el tiempo era de oro, que al tejer sus

Bandurria

pensamientos volaban donde ella quisiera; a veces le caían sus lagrimones que rodaban por la fisura de sus labios rugosos. En otras ocasiones una sonrisa escapaba de recordar la travesura de sus hijos cuando eran pequeños.

Recordaba que muchos años atrás frente a su vivienda, habitaba una familia numerosa en hijos, que eran con quienes jugaban los suyos y uno de ellos. Un día, el más grandecito llamado Pedro, golpeó a Lucinda dejándole un moretón en el rostro. Todo se conversó y la madre del niño le regañó tanto que duró varios días el regaño; mañana y tarde, hasta que la pequeña Lucinda, cansada de escuchar lo mismo, fue hasta la puerta de la casa de la mamá del niño y le expresó.

- ¡Señora! - Nadie salía a su llamado, mientras su madre observaba por entre las cortinas de la única ventana hacia el pasillo.

- ¡Alóoooo! ¿Señora Rosalía? volvía en su remetida llamada.

Hasta que por fin salió la vecina y quedó mirando a la pequeña, que alzaba sus talones para verse más crecida.

-Dime niña, ¿Qué haces acá?

- Yo quería decirle que a Pedro ya lo perdoné y le quería pedir que ya no regañe más porque no es bueno sufrir y además yo seguiré jugando con él...

La señora Rosalía quedó perpleja del pedido de la dulce pequeña, que entró de inmediato y le ofreció un par de caramelos. Mientras la madre de Lucinda secaba sus lágrimas de emoción.

Bandurria

El cité se había convertido en una comunidad, unida por muchos elementos que compartían; dos servicios higiénicos con ducha, (hombres y mujeres), un pilón de agua y un lavadero común. El dueño era un señor de avanzada edad que no molestaba ni alzaba los precios de los arriendos, es por eso que la vecindad lo estimaba.

Un verano, cuando se fue la familia numerosa, porque a su marido le había salido trabajo para las minas del norte, todos los vecinos le hicieron una despedida y les desearon que les fuera bien y cuando pudieran podrían venir de visita. Dos días se demoró la vivienda en estar desocupada, porque llegaron dos mujeres solas a vivir. Al comienzo se pensaban muchas cosas; que eran amigas, hermanas, socias de un negocio, en fin, el tiempo respondería las preguntas de la vecindad.

Doña Mariana seguía con sus tejidos. Ahora de mejor calidad y gran cantidad de modelos. Las muestras las colocaba en su ventana; cada día una prenda diferente. Cada vez que se sentaba en su mullido sillón de cuero negro, las vecinas se acercaban para ver con curiosidad la prenda que se mostraría en el ventanal.

Todas las prendas que tejía, las colocaba en una bolsa de plástico transparente y las sellaba con un pequeño papel engomado, que decía para qué edad estaba hecha y el precio. Incluso de vez en cuando colocaba una mesa pequeña en la salida del Cité, algunas personas que transitaban por la calle, se detenían a mirar, muchas compraban y se pasaban el dato. Con el tiempo venían personas de otras comunas a consultar por la señora tejedora del cité.

Bandurria

Una mañana de otoño se supo que el señor Alamiro, el dueño del Cité, había fallecido de un infarto al corazón y que uno de sus hijos se haría cargo del cité. No fue fácil para los vecinos esta noticia que los ponía en una situación de incertidumbre. Dicho y hecho, a la semana siguiente les llegó una carta en la que les decía que se ponía término a los contratos de arriendo, ya que el lugar se había vendido a una empresa constructora, pero que tendrían hasta el mes de noviembre para desocupar el lugar. Todos quedaron tristes y sin encontrar qué hacer, todo se convirtió en miradas confusas y tristes.

Ya había llegado la primavera y sólo quedaba la señora Mariana con todos sus tejidos en una caja y el gato Bartolo ronroneando por comida.

Una mañana, su hijo mayor llegó y la encontró sentada en su mullido sillón de cuero negro, el gato sobre su regazo. Estaba envuelta en un chal de color lila que ella tejió para su momento final y un mensaje a sus hijos de despedida.

“Ya es hora de descansar, ya he escrito en el tejido los sueños de mi vida”

Los hijos llevaron sus restos para sepultarla en el sur, frente a su lago preferido.

